



XII

El latente porvenir del pueblo.

En cuanto al pueblo parisién, aún cuando sea un hombre hecho, es siempre el pilluelo; pintar el muchacho es pintar la ciudad; por esto hemos estudiado el águila en el gorrión libre.

En los arrabales sobre todo, es donde aparece la raza parisién; allí conserva su pureza de sangre; allí está su verdadera fisonomía; allí el pueblo trabaja y sufre, y el sufrimiento y el trabajo son las dos fases del hombre. Allí existen cantidades inmensas de seres desconocidos, en que hormiguean los tipos más extraños, desde el cargador de la Rápee hasta el descuartizador de Montfaucon. "Fex urbis", exclama Cicerón; "mob", añade Burke indignado; turba, multitud, populacho. Palabras son estas que se dicen muy pronto. Enhorabuena; pero ¿qué importa? ¿Qué tiene que ver que anden con los pies descalzos! ¿Que no sepan leer! Tanto peor. ¿Se les abandonará por esto? ¿Se hará de su desgracia una maldición? ¿Acaso no puede la luz penetrar en esas masas? Volvamos á nuestra exclamación: ¡Luz! y obstinémonos en ella; ¡luz, luz! ¿Quién sabe si esos seres opacos no se volverán transparentes? Las revoluciones, ¿no son por ventura transfiguraciones?

Andad, filósofos, enseñad, ilustrad, iluminad, pensad alto, hablad alto, corred alegres hacia el vivo sol, fraternizad en las plazas públicas, anunciad la buena nueva, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad la marsellesa, sembrad el entusiasmo, arrancad verdes ramas de la encina. Haced de la idea un torbellino. Esta multitud puede llegar á ser sublime.

Sepamos ser útiles á esa vasta hoguera de principios y virtudes que chisporrotea, estalla y se commueve á ciertas horas. Esos pies descalzos, esos brazos desnudos, esos andrajos, esa ignorancia, esa abyección, esas tinieblas, pueden emplearse en conquistar lo ideal. Mirad á través del pueblo, y descubriréis la verdad.

La vil arena que oprimís con los pies, la echáis en el horno, y se funde, y cuece, para trocarse en brillante cristal; y gracias á él, Galileo y Newton descubren los astros.

XIII

El niño Gavroche.

Ocho ó nueve años próximamente, después de los acontecimientos que hemos referido en la segunda parte de esta historia, véase en el boulevard del Temple, y en las regiones del Chateau d'Eau, un chicuelo de once á doce años que habría realizado perfectamente el ideal del pilluelo que hemos bosquejado más arriba, si con la sonrisa propia de su edad en los labios no hubiera tenido el corazón absolutamen-

te vacío y opaco. Este muchacho aparecía como envuelto en un pantalón de hombre, que no era de su padre, y en una camisa de mujer, que tampoco era de su madre.

Algunas personas caritativas le habían socorrido con harapos, y sin embargo, tenía un padre y una madre; pero su padre no pensaba en él, ni su madre le amaba. Era una de esas criaturas dignas de lástima entre todos los que teniendo padre y madre, resultan huérfanos.

Este muchacho no se encontraba en ninguna parte tan bien como en la calle. El empedrado era menos duro que el corazón de su madre.

Sus padres le habían lanzado al mundo de un puntapie.

Había empezado por sí mismo á volar.

Era un chiquillo amigo de bulla, descolorido, listo, despierto, chancero, de aire vivo y enfermizo. Iba, venía, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos; robaba un poco, pero como los gatos y los gorriones, alegremente; se reía cuando le llamaban galopín, y se incomodaba cuando le llamaban granuja. No tenía casa, ni pan, ni hogar, ni cariño, pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos pobres seres son ya hombres, casi siempre la rueda del orden social los encuentra y los pulveriza, pero mientras son muchachos se escapan, porque son pequeños. El menor hueco los salva.

Sin embargo, por muy abandonado que estuviese este muchacho, alguna que otra vez, cada dos ó tres meses, exclamaba "¡Calla! ¡Voy á ver á mi madre! Entonces dejaba el boulevard, el Circo, la Puerta de San Martín; bajaba al muelle, atravesaba los puentes, entraba en el arrabal, llegaba á la Salpetriere, y se paraba ¿dónde? precisamente ante el número duplicado 50 52, que el lector conoce ya, en la casa del Cuervo.

En aquella época, la casa del número 50 52, generalmente desierta, y adornada siempre con el letrero: "Cuartos desalquilados", estaba, cosa rara, habitada por ciertos individuos, que, como sucede siempre en París, no tenían ningún vínculo ni relación entre unos y otros. Todos pertenecían á esa clase indigente que principia en el último burgués entrampado, prolongándose de miseria en miseria por las últimas capas de la sociedad, hasta esos dos seres en que vienen á parar todas las cosas materiales de la civilización, á saber, el barrendero que limpia el fango de la vía pública, y el trapero que recoge los harapos.

La "inquilina principal" del tiempo de Juan Valjean había muerto, habiéndola reemplazado otra por el estilo. No sé qué filósofo ha dicho: Nunca faltarán mujeres viejas.

Esta nueva vieja se llamaba la señora Burgón, sin tener nada notable en su vida, más que una dinastía de tres papagayos que habían reinado sucesivamente en su alma.

Los más miserables entre los habitantes de la casucha, eran una familia de cuatro personas, padre, madre, y dos hijas, ya bastante crecidas, los cuatro se alojaban en un mismo desván, ó sea en una de aquellas celdas de que hemos hablado anteriormente.

Aquella familia no ofrecía al pronto nada de particular, más que su extrema desnudez; el padre al alquilar el cuarto, dijo llamarse Jondrette.

Algún tiempo después de su instalación, semejante por cierto, según una frase memorable de la inquilina principal "á la entrada de la nada", el Jondrette

había dicho á la vieja, la cual, como su antecesora, era portera al mismo tiempo y barría la escalera: Tía Fulana, si viniese alguien por casualidad á preguntar por un polaco, ó por un italiano, ó tal vez por un español, ese seré yo.

Esta familia, era la familia del alegre pilluelo. Llegaba allí, encontraba los apuros, y lo más triste aún, no veía una sola sonrisa; el frío en el hogar, el frío en los corazones. Cuando entraba le preguntaban:

—¿De dónde vienes?—Y respondía:—De la calle.

Cuando se iba le preguntaban:

—¿A dónde vas?—Y respondía:—A la calle.

Su madre le decía:

—¿Pues qué vienes á hacer aquí?

Aquel muchacho vivía en la más completa carencia de afectos, como esas yerbas descoloridas que se crían en las cuevas; pero el ser así no le molestaba, ni quería tampoco mal á nadie. No tenía idea cabal de lo que debían ser un padre y una madre.

Por lo demás, su madre amaba á sus hermanas.

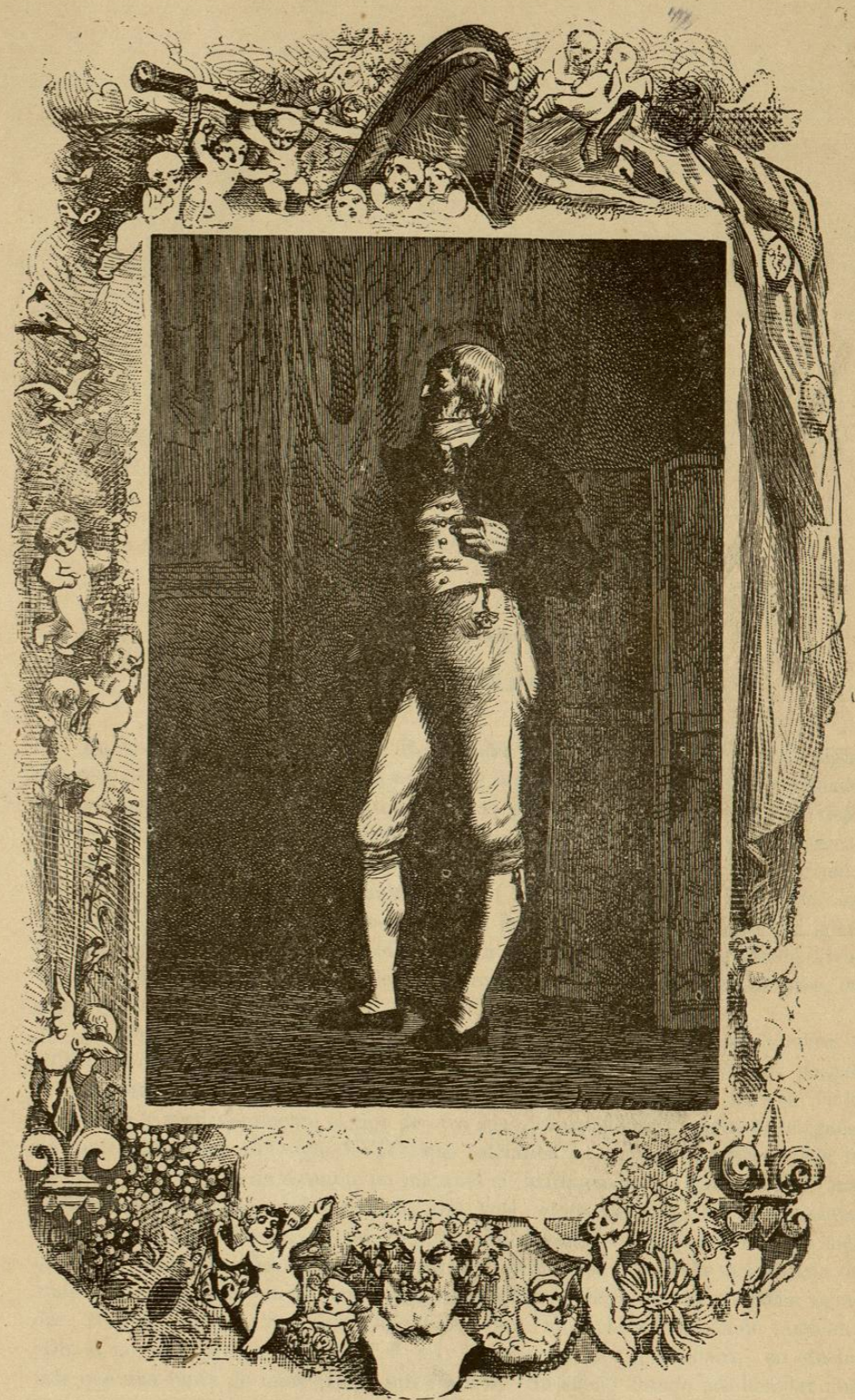
Nos hemos olvidado de decir que en el boulevard del Temple le llamaban á este muchacho el pequeño Gavroche. ¿Por qué le llamaban Gavroche?

Probablemente por lo mismo que á su padre le llamaban Jondrette.

Parece ser instinto de ciertas familias miserables el romper los hilos que unen á sus individuos.

El cuarto que los Jondrette ocupaban en la casa del Cuervo, era el último al extremo del corredor.

La celda contigua la ocupaba un joven pobrísimo, que se llamaba Mario. Digamos ahora quién era este Mario.



El noble Burgués.